



Comisión 2

Índice

1. Pasiones incendiadas. Catalina Acosta
2. Lo pienso y lo intento. Trinidad Apestegui
3. El chofer inesperado. Antonella Bartolozzi
4. Mi peor pesadilla. María Fernanda Beleño Chacón
5. Thomas. Milagros Belén Benítez
6. Viaje inesperado. Rocío Bernhardt
7. Mejorar día a día. Nicolás Buceta
8. Buenos momentos. Milany Cardona López
9. La simpleza de Matías. Camila Chávez
10. Estrellas. Ana Clara Coradazzi
11. Nada. Milagros Cristaldo
12. La madre adoptiva. Romina del Valle Aramburu
13. Último vuelo. Felipe Di Scerni
14. Telo cuento. Valentino Giusti
15. La soledad. Ignacio Gigola
16. Una excepción entre tantas. Faustina Henestrosa
17. Hubiera preferido no despertar. Ana María Hernández Alfonso
18. Una experiencia inesperada. Marcos Hossian
19. Montaña rusa. Maiten Izquierdo
20. Una triste historia. Abigail Kolar
21. Seamos uno mismo. Carlos Roberto Linares
22. Un día de 2005. Leonela López
23. Sed Oscura. Morena Marchioni
24. Destino Bologna, llegada Napoli. Joaquina Moncalvillo
25. Gritos ahogados. Lucía Noguera
26. 9 de septiembre de 1959. Joel Noriega

27. De la diferencia al amor. Nadin Oslé
28. Mis logros. Valentina Palazzolo Donati
29. Mi fiesta de cumpleaños. Paula Pallavicini
30. Balas chinas. Juan José Paredes Orejuela
31. Las palabras de Laura. Enzo Schillaci
32. El cocodrilo. Camila Torrilla Robles Camila
33. Cambiar el destino. María Clara Tello
34. Sin escape. Jennifer Vega

Pasiones incendiadas

Catalina Acosta

El calor en la habitación era cada vez más fuerte, ella era hermosa, perfecta para mí; tenía ojos claros que al mirarlos me llevaban a otro mundo. Até un pañuelo sobre ellos. Recostada sobre la cama, con sus manos atadas al respaldo y sus bellos ojos vendados, comencé a besarla suavemente. Despacio, iba bajando mi boca a su oreja, luego a su cuello y cada segundo bajaba un poco más. La escena empezó a volverse intensa, entonces fue ahí cuando levanté la vista y observé que en la mesa de luz, junto a su cama, había una vela roja prendida y, al lado de ella, mi vaso de whisky con sólo dos hielos adentro. Agarré los hielos y se los puse a ella, mi mujer perfecta, sobre el abdomen. Después de eso, arrojé los hielos al piso y tomé la vela. Comencé a tirar la cera caliente de la misma.

Jugando con frío y calor, dejé la vela donde estaba y me tiré sobre ella, besándola sin parar, sin darme cuenta que había pateado la mesa de luz. Esto hizo que la vela cayera al piso de alfombra y provocó que esta se incendiara. El calor entre ella y yo era cada vez más intenso, aún no me había dado cuenta de que el cuarto se estaba incendiando. En un momento, comencé a sentir demasiado calor, creía que me ahogaba. Rápidamente, levanté la vista y vi lo que sucedía, me dirigí a la puerta corriendo y tropecé con el hielo que anteriormente había tirado al piso. La mujer tomó mi mano para levantarse y así escapamos de la habitación.

Todavía sigo sin entender cómo es que no me di cuenta de que había tirado la vela por accidente. Y ahora me encuentro aquí, en la estación de bomberos, con la Policía, explicando lo que sucedió.

Lo pienso y lo intento

Trinidad Apestegui

Cada día que me despierto, luego de una larga noche en la cual probablemente tardé horas en dormirme, y me replanteo mi miedo y pienso si de verdad es algo tan serio como yo considero. El miedo a ser humillada, a no poder hacer lo que me gusta por terror a que el resto piense lo contrario, no saber cómo puede reaccionar mi alrededor y, finalmente, no animarme a decir lo que pienso.

Hoy, sin excepciones, me vuelve a pasar lo mismo; el primer sentimiento que tengo es el dolor de estómago que generan los nervios por tener que salir al mundo y enfrentar, o mejor dicho, convivir con personas. Ya dentro de mi primera clase del día, el profesor abordando el tema como si yo lo hubiera enseñando miles de veces, nos cuenta su propia opinión. Yo, como de costumbre, me conformo con quedarme callada, por más en contra que pueda estar de su ideología; me trago las palabras, que nuevamente me llegan a generar hasta un dolor físico en la garganta, como raspándome por dentro para salir.

Las horas del día se me pasan volando y nuevamente le escribo un mensaje a mi mamá contándole cómo no me animé. No me atreví. No tuve el coraje de decir lo que sentía y, una vez más, me prometo que al otro día será uno nuevo y que ese futuro cercano, pero totalmente incierto, me ayudará a despegarme de mi miedo.

Cae la noche y me acuesto en mi cama para irme a dormir, y me doy cuenta que yo misma me trastorno psicológicamente imaginando posibles conversaciones con otras personas para así, cuando llegue el momento, pueda actuar como lo que todos llaman normal. Me veo en situaciones ficticias, siendo humillada, totalmente avergonzada por algo a lo que yo misma me llevé, pero me lo replanteo porque sé que voy a llegar a lograrlo.

Lo pienso y lo intento, porque por más tonto que parezca, a mí me trastornan cosas como esta, pero a otra gente le puede llegar a trastornar algo absolutamente distinto. Por eso lo pienso, lo intento y le hablo a aquellos que tienen miedo; de asustada a asustado o asustados, que piensan que son únicos raros, en realidad somos todos raros y ninguno debería dejar de intentarlo.

El chofer inesperado

Antonella Bartolozzi

Lo despertó su madre porque era jueves y le tocaba ir a la escuela. Joel se calzó el guardapolvo de su hermano Kevin que le bailaba un poco. “Es lo que hay”, pensó, y se puso un par de medias para que las zapatillas de José no le bailaran también. Quiso salir por las calles de atrás para cortar camino, pero había llovido y las calles de barro no eran ideales para las zapatillas de lona.

Llegó a la parada del 42 y lo esperó silbando bajito una canción de su equipo. Extrañaba ir a la cancha. Aunque la tuviera cerca, ese gasto no entraba de sus posibilidades. Se limitaba a los partidos por plata que jugaba con los pibes de la villa. Como el colectivo no venía, decidió caminar por la avenida Amancio Alcorta hasta cruzarla. Caminaba tranquilo hasta que se encontró con un auto de esos que veía en las películas frenado a un lado de la calle. Cuando se acercó al vehículo para sacarse una foto, vio a su conductor tratando de colocarle una rueda de auxilio. Resignado a llegar tarde, Joel le ofreció su ayuda.

—¿Seguro que podés, pibe?— le preguntó el dueño del auto. Su cara no dejaba de parecerle familiar.

—Seguro, siempre ayudo a mi papá en el taller, allá por la Zavaleta— le contestó.

El conductor se quedó mirándolo mientras Joel hacía el cambio de rueda-. El nene intentaba descifrar quién era el chofer de rostro conocido. Hasta que lo logró: era el Rolfi Montenegro, el 10 de su equipo. Al terminar el trabajo, Joel arrancó una hoja de su cuaderno y le pidió un autógrafo.

—Rolfi, discúlpame, pero soy de Huracán, ¿no me firmás un autógrafo?

—Obvio -dijo él gustoso. —¿Ibas al colegio?—le preguntó.

—Sí, pero no venía el colectivo.

—Yo te llevo— le ofreció él —ya avisé que llegaba tarde al entrenamiento; es lo menos que puedo hacer.

Joel aceptó entusiasmado y ambos se subieron al auto.

—Y, ¿vas a la cancha?—le preguntó Rolfi mientras manejaba.

—No—. Joel se encogió de hombros. —Somos muchos hermanos en casa y no nos alcanza para todos. Pero no por eso soy menos hincha, eh. Siempre que puedo me voy a Avenida Caseros a buscar algún café que lo transmita y espío por la ventana.

-Bueno. Hoy, cuando salgas del cole, andá para la sede del Club. Agarrá un papel celeste que hay ahí en los guanteras. Presentalo en la oficina de socios, decí que vas de mi parte. El sábado es el clásico y quiero que estés ahí.

Joel se sentía como en un sueño. No podía esperar a volver a su casa y contarles a todos sus hermanos que ese sábado irían a la cancha juntos.

Mi peor pesadilla

María Fernanda Beleño Chacón

La historia que voy a tratar hoy es, probablemente, una de mis peores fobias y, en mi opinión, una de las peores muertes que puede tener una persona.

Era un día normal, me levanté de mi cama y me puse a estirar como de costumbre. Luego, fui a prepararme algo de comer, mientras escuchaba música. Fue entonces cuando me dieron ganas de ir al baño. Cuando iba caminando no me di cuenta de que había un gran charco de agua que provenía de la nevera y, como era de esperarse, me caí, golpeándome violentamente contra la mesa de vidrio.

En ese momento, sentí que todo se quedaba estático y, en el fondo, oía cómo los trozos de vidrio caían al suelo. Lo único que pensé fue: “Dios, rompí la mesa”. Cobré fuerzas y me levanté, busqué una escoba y una pala para recoger los vidrios, y me dirigí al baño. Todo iba normal, hasta que decidí mirarme al espejo. Fue ahí cuando me di cuenta de que había pasado algo muy grave: tenía un pedazo de vidrio enterrado en el cuello. En ese instante, lo único que se me vino a la mente fue llamar a mi mamá. La llamé y le conté lo que me había pasado. Mi mamá no lo podía creer. Ella reaccionó rápido y me

dijo que ya iría para la casa, que me quedara quieta. Yo, de terca, me quité el vidrio y, de repente, empecé a ver un lago de sangre. Sentía cómo me iba debilitando poco a poco, hasta que caí al suelo.

Fue ahí cuando me levanté de golpe de la cama y me di cuenta de que todo había sido un sueño. Le di gracias a Dios y corrí a darle un gran abrazo a mi mamá.

Thomas

Milagros Belén Benítez

Hacía frío, el suelo estaba húmedo y Thomas se sentía incómodo. Era una noche más de tantas, pasaba frío y hambre.

A veces el pequeño niño se preguntaba por qué estaba en esa situación, por qué él y no otro. Llegaba a la conclusión de que cuestionando su situación no llegaría a nada.

Se sentía solo, a veces extrañaba ver a sus hermanos y se preocupaba mucho por ellos; pero él sabía que estaban con su madre y él, como el mayor de los tres, tenía que salir a trabajar para poder subsistir en la triste realidad que le había tocado desde muy chico.

No le gustaba hablar de su padre, no porque le causara dolor, sino porque nunca lo había conocido. No tenía interés en saber de él, ya que su padre tampoco se había interesado en buscarlo. A pesar de todo, el niño, de apenas doce años, tenía a su madre a la que, aunque veía muy poco, siempre tenía presente.

Thomas admiraba mucho a su mamá. Sabía que hacía todo lo posible para darle lo mejor a él y a sus dos hermanos, pero que a veces no le alcanzaba y el preadolescente debía salir a trabajar. Conseguía dinero ayudando a otros chicos como él a lavar autos, otras veces pedía dinero en las calles mientras los autos esperaban poder avanzar cuando la luz verde se los permitiera. No estudiaba y, mientras andaba por las calles, veía a los otros niños con sus uniformes escolares y sus mochilas; quería ser uno de ellos, aún sabiendo que no tenía las posibilidades de acceder a la escuela.

El joven Thomas se sentía ignorado, pero no por su familia, sino por un Estado ausente que no hacía nada por él; que en realidad no hacía nada ni por él ni por el resto de los chicos que se encontraban en su misma situación.

Viaje inesperado

Rocío Bernhardt

Una mañana de verano, nos despertamos con mi familia. Estaba el día hermoso. No sabíamos qué hacer, siendo plenas vacaciones. De repente, se nos ocurrió cargar todas las cosas al auto y así partir. No teníamos una idea fija, ni planeada, solo queríamos disfrutar. Nos llevamos una muda de ropa, dinero y emprendimos el viaje.

Terminamos en Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos. Paramos en un camping muy familiar. Dormimos los cuatro (mamá, papá, hermana y yo) en una carpa grande.

Por las mañanas, salíamos a tomar mates al ladito del río y nos quedábamos todo el día allí, contemplando el paisaje, sentados en la arena. En las tardes, pescábamos horas y horas; a mí no me salía del todo bien, pero lo hacía. En las noches, salíamos a caminar por la peatonal, donde todos se quedaban hasta tarde, jóvenes y adultos.

Fue nuestro primer viaje, juntos y fue el mejor porque lo mejor sale de lo espontáneo, sin pensarlo mucho. Cuando uno más piensa, más duda. Solo se dio así y lo disfruté.

Hoy en día, seguimos viajando a otros lugares, pero ese siempre será mi lugar en el mundo.

Mejorar día a día

Nicolás Buceta

El mayor miedo que tuve fue hace dos años cuando arranqué el gimnasio de nuevo, en 2016. Todo empezó un día viernes: cuando volví a mi casa tenía mucho dolor en los brazos y no los podía poner derechos. Pasaron los días y el intenso dolor seguía, también la preocupación. Mis padres me decían: “tranquilo, no debe ser nada”.

Ya pasado el fin de semana, el lunes fui al colegio y seguía igual. Al salir, fui al hospital y me recibieron en la guardia, donde me esperaba mi mamá. Me pusieron un suero con calmante, pero no paró nada. Pasaban las horas y los médicos y enfermeros decidieron sacarme sangre; en los estudios salió que la CPK (proteínas de los

músculos) estaba muy elevada. Eso llevó a que me dejaran internado. El ánimo se me vino abajo, porque en el colegio tenía los exámenes finales.

Al otro día, la doctora habló conmigo y con mi familia y nos dijo que mi situación era un poco grave y que si no hubiese ido habría perdido los riñones y eso hubiese precisado mucha paciencia y poca sobrevida. El miedo que yo tenía era el de no poder hacer más ejercicio o deporte.

Pasaron los días, semanas y, poco a poco, fui mejorando y he aprendido a tomar agua todos los días. El miedo a comenzar el gimnasio de nuevo estuvo, pero tuve que vencerlo.

Este año, a principios de enero, la complicación en los músculos volvió a mí: otra vez fui al médico y me dijeron que no era nada normal que pasara dos veces y estuve internado tres días. A partir de ahí me seguí haciendo estudios, pero me prohibieron volver al gimnasio.

Buenos momentos

Milany Cardona López

Me acuerdo que el 2011 fue uno de los mejores años que he tenido. Por una parte nos fuimos para la isla de San Andrés, mi mamá, mi papá y yo.

Fue un paseo que disfrutamos mucho, la pasamos increíble. No conocíamos el mar y tampoco habíamos viajado en avión.

Llegamos al hotel a la madrugada y nos levantamos a las diez de la mañana. Bajamos a desayunar al buffet y muy emocionados nos fuimos en busca del mar.

Caminamos demasiado y no lo encontramos, hasta que mi mamá se molestó y le dijo a mi papá que preguntara cómo llegar. Él preguntó y le dieron las indicaciones de que siguiera derecho.

Cuando lo vi me puse a llorar, ese inmenso mar azul claro es algo hermoso. No sé cómo explicar el sentimiento que tuve ese día lo único que sé es que lloraba de felicidad. Abracé a mis padres y les agradecí por esa hermosa oportunidad de estar con ellos y conocer esa linda isla.

La pasé genial junto a los seres que más amo en mi vida. A los días volvimos a Bogotá y me esperaba la mejor compañía que he podido tener, mi pequeño cachorro Oddy. Hoy, no está conmigo pero estoy agradecida de que llegara a mi vida.

La simpleza de Matías

Camila Chávez

Matías era un niño de ocho años de clase baja. Como les habían sacado la tenencia a sus padres por su adicción a las drogas y por la violencia que ejercían sobre él y su hermano Tomás, ambos niños fueron llevados a un orfanato. Allí se encontraron con otros chicos de diferentes edades, todos de clase baja.

Matías padecía un retraso madurativo, pero esto no le impedía relacionarse con sus nuevos amigos. Tomás, a pesar de ser el mayor y contar con doce años, era el más rebelde y no se adaptaba al nuevo modo de vida. Los recursos en el hogar eran cada vez más escasos; sólo alcanzaban para desayunar, almorzar y merendar, por lo que los mandaban a dormir poco después de la merienda, alrededor de las ocho de la noche. Esto enfurecía aún más a Tomás.

Una tarde, en el hogar, recibieron la visita de asistentes sociales para ayudarlos con lo poco que pudiesen, ya que el pueblo también era muy pobre. Encontraron como buena opción organizar una peña a beneficio del orfanato, pidiendo un alimento no perecedero, ropa, calzado y todo lo que fuera útil para los niños como entrada. El evento tuvo mucho éxito debido a la generosidad del pueblo. Gracias a la gran colaboración y ayuda recibida, los niños pudieron volver a tener la panza llena.

Tomás estaba más obediente, pero aún un tanto rebelde. Matías comprendía todo y lo ponía muy triste que su hermano no fuera agradecido. Con el correr de los días, Matías se acercó a Tomás, lo abrazó y le dijo que no importaba cuánta comida o juguetes tuvieran mientras se tuvieran el uno al otro.

Estrellas

Ana Clara Coradazzi

Rebusco en mis diminutos y desgastados bolsillos la poca cantidad de monedas que logré conseguir en el restaurante de comida rápida. Únicamente son dos pesos. Pateo el poste de luz con furia, siempre me sacan por ser un niño de la calle. “Maldito policía”, pienso. Observo atentamente a las familias felices comiendo, mientras disfrutaban el uno del otro. De repente, un sentimiento triste entra en mí al recordar que un donnadie, sin un hogar donde dormir y calentarme en las noches frías y solitarias de esta ciudad.

Vivo en cualquier rincón, donde pueda colocar mi húmedo cartón; en un momento tuve una cobija, pero la vendía a cambio de comida. Se preguntarán qué hago en la calle, sin alguien que me cuide. La verdad es que me escapé de la casa de acogida en donde el Estado me ubicó. Ahí me trataban de sirviente, como si fuera su ratita de laboratorio. En ese lugar, a pesar de todo lo malo, conocí a mi único amigo. Murió de la tristeza.

Una pequeña lágrima se me asoma, pero la detengo y continúo con mi caminata. “Todavía tengo un largo camino por seguir”, medito. El tiempo me acompaña, no hay nubes cerca, solo una gran y deslumbrante luna con miles de estrellas. Quiero ser una de ellas: parecen tan felices y despreocupadas con esa luz que me incentiva. Miro hacia el frente y otra luz aún más brillante se me acerca. Corro hacia ella, recordando lo que mi amigo me dijo: “una vez que morimos somos estrellas”. Es él que me vino a buscar después de todo este tiempo.

Ahora soy parte de ellas.

Nada

Milagros Cristaldo

¿Miedo a nada o a la nada? El decirlo quizá no nos cause reacción alguna, pero el pensarlo quizá sí. ¿Se han puesto a pensar en no tener nada? Y no me refiero sólo a lo material, sino también al sentir.

Contextualicemos. ¿Se imaginan estar solos en el medio de la nada, donde abunde la inexistencia y la soledad, donde no haya un ser físicamente, donde la compañía no sea sustantivo tal? Lugar vacío, si se le puede llamar, donde nos ahogemos en nuestros propios pensamientos, donde no sepamos a dónde huir, sitio desértico sin salida.

Andar solos, vacilantes, uno con uno sin nadie. De vez en cuando suena agradable pensarlo, pero ¿lo pensamos realmente? ¿Nos creemos nosotros -seres humanos pensantes, sentimentales, en ocasiones dependientes- capaces de soportarlo? ¿Capaces de no caer en el vacío realmente, en la desesperación y en el terror de la incertidumbre?

Creo son todas preguntas sin respuesta, que pueden inundar nuestro ser, o no, el miedo es la nada. Lo que no significa quizá pueda resignificarse, y la nada significar algo.

La madre adoptiva

Romina del Valle Aramburu

La historia que se va a contar hoy es la de Laura. Tiene 23 años. Parece una adolescente aún. Con su voz añorada y su cuerpo muy delgado, no aparenta su verdadera edad.

Vive aún con sus padres, todavía no se ha casado, tampoco es una prioridad para ella formar una familia. Su madre, con la aprobación del resto de su familia, la lleva a fiestas de la alta sociedad. Hace poco tiempo conoció al hijo del Embajador de Sudáfrica en Londres. Se hicieron amigos y la relación no pasó a mayores. Laura es muy especial, decide esperar a que algún día pueda casarse con un hombre con el cual pueda compartir una salida a disfrutar de la naturaleza, pasear en bote, ir al zoológico y a otros lugares más. Su madre la presiona para que pueda contraer matrimonio y los años no se le pasen rápido y se quede solterona; ella prefiere hacerle caso omiso.

Su familia está disgustada porque Laura les hizo saber su intención de adoptar un niño huérfano. Ella expresa que le gustan mucho los nenes; en el orfanato aparecen en sus puertas todos los días muchos abandonados y muchas abandonadas. No quiere esperar a casarse algún día porque no sabe si ello ocurrirá.

Último vuelo

Felipe Di Scerni

En el año 2016, me fui de viaje con mi hermana Lola y mi mamá Guillermina. Fuimos a Brasil, más precisamente a Rio de Janeiro. El viaje lo realizamos en avión, aunque yo nunca estuve de acuerdo porque le temo a volar y tengo terror a que el avión se caiga. Mi abuelo nos llevó al aeropuerto de Ezeiza y luego se fue. Comenzamos con los trámites que siempre hay que hacer, como despachar las valijas, realizar el *check-in* y otros asuntos. Estuvimos un rato en el free shop hasta que se nos permitiera abordar el avión pero no compramos nada. Cuando nos subimos, acomodamos nuestro equipaje de mano y nos sentamos; mi hermana rápidamente se puso a escuchar, obviamente con auriculares, y no habló más con nosotros. Más tarde el vuelo salió y cuando ya estábamos volando nos sirvieron la comida. Después de ir al baño decidí dormir.

En un momento me desperté a causa de ruidos y gritos muy fuertes que se debían a un desperfecto que había tenido el avión. Parecía ser grave ya que habían caído las máscaras de oxígeno. Yo todavía un poco dormido y sin saber que estaba pasando me di cuenta de repente. Nos íbamos a estrellar, el avión se estaba cayendo y todos íbamos a morir. Mi mayor miedo se volvía realidad de la peor manera; así que decidí abrazar a mi mamá y mi hermana, cerrar los ojos y esperar lo inevitable.

Desperté al lado de mi mamá estaba mirando por la ventana, y al lado de mi hermana que seguía escuchando música. La angustia la seguía teniendo, entendiéndome de a poco que todo había sido un sueño. Después de un momento me tranquilicé, tomé agua, puse el respaldo de mi asiento lo más recto posible y ajusté mi cinturón, porque estábamos próximos a aterrizar.

Telo cuento

Valentino Giusti

Hace más de dos meses, el club del cual soy hincha jugaba en la localidad de Quilmes. El equipo venía jugando mal y transmitía poco, se me ocurrió ir sobre la hora y solo un amigo me bancó. Salimos a las 20hs en el tren Roca hacia la ciudad de la icónica cerveza.

Llegamos luego de una hora de viaje en tren y una corta caminata; el partido ya había comenzado. Lejos estuvo Estudiantes de La Plata de cortar la pésima racha que llevaba. Perdió por dos tantos ante el peor equipo del torneo, Chacarita Juniors. Terminó el partido y emprendimos regreso a la ciudad de las diagonales, pero no todo iba a ser color de rosa. El último tren con destino La Plata había salido hacía una hora y el próximo saldría en seis horas. Después de analizar si quedarnos ahí en la despoblada estación de Quilmes o ir a dormir a algún lado, nos decidimos por esta última. Fuimos a un hotel alojamiento pagamos solo para bañarnos y quedarnos viendo *Los Simpsons*.

Ese día le pusimos fecha de vencimiento a nuestra amistad, terminaría el día que este recuerdo sobre la noche más bizarra y menos erótica pasada en un telo se borraría de nuestras mentes, es decir, nunca.

La soledad

Ignacio Gigola

Voy a contar uno de mis miedos más profundos y por lo tanto el mayor inconveniente que tengo. Abrirme al resto de las personas es mi gran problema, y por esto no puedo lograr un intercambio cómodo ni mucho menos una comunicación como la desearía.

Creería que el principal motivo es el terror al que me conozcan profundamente. Teniendo la consecuencia de quedarme solo sin tener a nadie a quien recurrir. A veces intento superarlo, animarme un poco más, pero luego durante el resto del día analizo tratando de encontrar algún error siendo muy pesimista en base a lo que hice.

Igualmente lo positivo de este miedo es haber tomado la decisión de elegir esta carrera para por fin poder fortalecer vínculos sociales, aprender a expresarme de mejor manera y poder llegar a los demás. Volviendo un poco al porqué de este miedo a la soledad, encuentro la manera que tengo de no poder realizar las cosas. Al ser duro conmigo mismo me dedico a buscar todas y cada una de las imperfecciones. Eso causa a la vez que recuerde del apoyo con el que cuento de parte de mi familia que me incentiva a crecer en todas mis relaciones.

Hoy mi miedo más grande es perder el acompañamiento de mi novia, que a pesar de tener una relación a distancia, es la persona que mas me ayuda a crecer día a día y a sentirme bien conmigo mismo. La amo.

Una excepción entre tantas

Faustina Henestrosa

Comienza la rutina. Es verano, el sol sale 5.30 y el hogar de Lucas deja entrar toda la luz. Esa luz es la señal de un nuevo día que debe comenzar con su trabajo si quiere que su madre cocine para él y sus hermanas. Agarra sus pelotas de malabares y sale a la calle. La luz roja le indica a Lucas que es el momento de realizar algún truco. Como es de esperar, todos sienten pena por él pero nadie es capaz de darle algo. Aquella gente no se imagina lo que le espera a Lucas si vuelve a casa con las manos vacías.

El niño creía que no hacía suficiente esfuerzo y que debería tomarse más tiempo si en verdad quería ayudar a su familia. Llegó el sábado pero no con el entusiasmo de saber que es el día que más gente transita. Su hermana menor estaba muy enferma, la comida no alcanzaba para todos y sin energía no iba a reponerse.

Ese día Lucas no consiguió tener una diferencia en lo ganado, estaba frustrado por la necesidad de buscar alguna salida a la enfermedad de su hermana. En frente del semáforo había una feria atendida por un hombre mayor e indefenso. Lucas creyó que era un buen momento para llevarse algo y devolverlo la próxima semana, por fin había logrado llegar a casa con algo para su hermana.

Por desgracia la mañana siguiente policías llegaron a la puerta de su casa. Afirmaban que Lucas había sido visto robando. Tuvo fe de que su madre iba a sacarlo de esa

situación pero ella se mostró indiferente y apoyó la idea de que su hijo debería ir a un reformatorio.

Lucas no podía ver nada positivo en ese reformatorio, pero para su suerte, el reformatorio le otorgaría la educación y salud necesaria a cambio de algún trabajo caritativo. Si Lucas lograba realizar aquellos trabajos el reformatorio le otorgaría un flujo con el que pueda subsistir.

Hubiera preferido no despertar

Ana María Hernández Alfonso

Esa noche que desperté atada a la cama y rodeada de gente que solamente llevaba puesta una bata blanca, sentí en mi cuerpo el correntazo más grande que hubiese llegado a sentir, pero esta vez no era precisamente de felicidad. Había llegado el día que tanto temía, pero ¿cómo pasó?

Era una tarde de abril y acudí a la cita médica que tenía prevista desde hacía un mes, tenía que asistir por una simple rutina.

Recuerdo que antes de entrar al consultorio salía una mujer de mi misma edad con cara muy confundida, y llena de ojeras. Se podía ver la tristeza que llevaba.

No presté atención y seguí, pues el médico gritaba mi nombre. Le conté que venía a un chequeo general y me recetó unos medicamentos. Dijo que debería ir a la enfermería a que me los inyectaran. Luego de la aplicación, empecé a marearme y a sentir como se me debilitaban las manos, luego las piernas y por último los sentidos. Intentaba hablar pero me era imposible, aunque mi visión era muy baja podía ver como se acercaban unas enfermeras, me quitaban la ropa y me ponían la bata blanca.

En medio de la confusión pude entender que el doctor había cambiado mi historia clínica y que aquella mujer que había salido antes, posiblemente tenía un trastorno mental y era ella a quien iban a internar en ese oscuro y horrible lugar donde sólo brillaban las batas y se escuchaban cosas sin sentido.

Una experiencia inesperada

Marcos Hossian

En mi primer viaje a Estados Unidos y primer viaje al exterior, con 15 años de edad, me sucedió algo bastante extraño y preocupante. Viajamos con un amigo, su mamá y su hermano a Florida, más precisamente a Orlando. Lo principal de aquel viaje eran los parques de diversiones en Disney y Universal Studios.

En uno de los últimos días de ese viaje que duró dos semanas, había una montaña rusa muy grande en Universal la cual me estaba tentando. Mi amigo Santiago no quiso subirse porque tenía una subida al comienzo del recorrido de 90°. Su familia padeció del mismo temor así que no tuvo otra opción que subirme solo. Era de color rojo y bastante alta.

Después de una larga cola, me tocó afrontarla. Yo estaba relajado y tranquilo aunque un poco ansioso también. Cuando los vagones comenzaron a subir, en el punto más alto de la subida, los carros se frenaron y quedaron todos congelados del miedo allá arriba. Con muchísimo pánico y vértigo esperamos más de 20 minutos por una solución. Hasta que después de media hora, la montaña rusa reanudó, anduvo a la perfección y completó su camino. Más allá de que todo terminó bien, fue uno de los sustos más grandes de mi vida.

Montaña rusa

Maiten Izquierdo

Llegaron los 15, el viaje que tanto soñé estaba a punto de hacerse realidad. Después de días de estar juntas invadidas por nervios, Juliana y yo partimos hacia La Plata. Al llegar, entre bombos, cantos y más de 200 chicas llenas de ilusiones, nos subimos a un colectivo para dirigirnos a Ezeiza.

Una vez ahí, por la tormenta eléctrica nuestro vuelo hacia Miami se atrasó unas doce horas, perdiendo así la conexión Miami-Orlando prevista. Teniendo en cuenta este imprevisto, la empresa contrató un servicio particular para dirigirnos hacia el destino.

Una vez en el Miami International Airport los coordinadores nos pidieron los pasaportes y nos llevaron a un colectivo que parecía un tanto antiguo, aunque por la emoción que teníamos nadie le prestó mucha atención.

De camino a Orlando, se comenzó a llenar de humo negro el interior del autobús, generando pánico entre nosotras, que salimos corriendo por la autopista principal para salvarnos del incendio y la inminente explosión.

Así fue el primer viaje con mi mejor amiga, perdimos todas nuestras pertenencias, pero hoy en día que una anécdota de la que ambas reímos.

Una triste historia

Abigail Kolar

Es difícil nacer y vivir en una casa donde tus padres no están, donde no sabes quienes fueron, donde solo los conoces por una foto que tu abuelo te mostró. Esta es una historia muy triste, que les quiero compartir. Es sobre una niña, que ama leer y escribir, pero lo hace con los pocos conocimientos que pudo aprender y que su abuelo José, con quien vive, le enseñó.

Ella se llama Ana, tiene diez años y vive en una casa humilde de madera y chapa, al lado de un campo vacío. No pudo conocer a sus papás porque murieron cuando la niña era muy chiquita. José era el padre de su madre, él le contó que era una mujer hermosa, que le gustaba cocinar y trataba de hacerlo con lo poco que tenían. Su padre trabajaba cortando el pasto porque no podía conseguir otro trabajo. Ellos vivían todos juntos, y eran felices como estaban.

Pero un día eso cambió, la mamá enfermó de tuberculosis y tuvo que dejar de cocinar, eso fue malo porque no podía trabajar vendiendo lo que cocinaba, y al mismo tiempo, porque estaba embarazada de Ana. Entonces eso llevó a que su papá tenga que dejar de ir a trabajar para cuidarla, tampoco le podía comprar los remedios que necesitaba, por lo que su madre empeoró y cada vez más.

Cuando llegó el día que tenía que dar a luz, no la pudieron llevar al médico porque estaba muy débil. Así que lo hizo en su casa con la ayuda de su marido. Cuando nació

Ana, ella murió porque no pudo soportar más. Al poco tiempo, murió también su esposo de una enfermedad que no se había enterado que tenía. Así que Ana nació, y se quedó viviendo con su abuelo, sin poder conocer nunca a sus papás ni poder ayudarlos.

Seamos uno mismo

Carlos Roberto Linares

Una noche estrellada, con un viento sigiloso se encontraba en su auto NueiFredo. Escuchando canciones que lo hacían flotar, cerrando los ojos sentía que estaba en otro planeta, la atmosfera cambiaba completamente, el aire se sentía denso. Todo esto debido a una sustancia misteriosa que consumió días atrás. Le seguía haciendo efecto en su mente, alma y espíritu. Continuaba pensando cosas sobrenaturales, cuando en seguida se visibilizó a él mismo en una atmosfera blanca, muy resplandeciente. Flotando en aquel universo observó una imagen que descendía de lo alto lentamente. Su cuerpo se erizó, acercándose a él con una melodía angelical, que lo hacía sentirse especial, amado, único probablemente enamorado. Sus ojos miraban fijamente la silueta resplandeciente que cada vez estaba más cerca. Luego ya, frente a frente, sintiendo una mano suave en su rostro. Quedo perplejo, se quedó con una sensación muy fuerte, jamás lo había experimentado.

Lentamente sentía como se le acercaba a su oído, le comenzó a susurrar. No lo podía creer, sus sentidos estaban alterados, sentía todo de manera única. Comenzó a escuchar claramente aquellos susurros, que le decían: ven, ven te he buscado, te necesito conmigo, hábitame, penétrame. Sea tu sangre con mi sangre, seamos uno solo, un mismo sentir. Tu boca entre mi boca, que tu corazón agrande el mío hasta que estalle. Desgárrame, anden tus manos y mis manos, quémame con tu sed, búscame con anhelo, seamos uno mismo.

Un día de 2005

Leonela López

Ya eran las 19:35 del jueves más lluvioso y frío del invierno del invierno de 2005. Había salido de la oficina y me encontraba a tres cuerdas de mi departamento. Abrí la puerta de entrada y llame al ascensor; entre y marque el piso diecisiete. Estaba en el quinto piso y mis manos ya estaban sudorosas, mi pelo era una cortina molesta que debía alejar a cada rato.

Pasaba por el octavo piso cuando pasó lo que temía. El ascensor se detuvo. Por un momento, sentí que mi corazón se paró. Las bolsas que traía se desplomaron al suelo. Tome aire y comencé a tocar desenfrenadamente el botón de alarma. Había pasado una eternidad para mí, nadie podía escucharme. Comencé a llorar, mis pulsaciones subían, mis manos seguían sudando.

Busqué mi celular y marque el número de emergencia indicado en un cartel, una computadora me respondió. Sin una solución clara grité hasta no tener aliento. Seguían sin escucharme. Ya habían pasado diez minutos de encierro. Se cortó la luz del ascensor. Provocó en mí una exaltación violenta. Grité, llore y golpee la puerta. Nadie me oía.

Mis lágrimas aumentaron cuando empecé a escuchar ruidos extraños que provenían del mismo ascensor. Pensé que era mi fin.

De repente, escuché una voz, la de un hombre. Le conté mi situación y prometió volver con ayuda. Fue entonces cuando sentí una fuerza aplastante, me di cuenta que el ascensor se estaba desplomando. Lo único que logré hacer fue cerrar los ojos.

Sed oscura

Morena Marchioni

Me desperté en la madrugada por una fuerte sed que invadía mi cuerpo. No quería moverme de la cama, pero algo superior a mis deseos hizo que lo haga. El reloj marcaba las tres en punto cuando mis pies tocaron el suelo, intenté encender la luz, y tras un intento fallido, continué mi recorrido en la oscuridad.

El ambiente estaba helado, al igual que el piso de madera que sonaba a cada movimiento. Con cada paso que daba, mi corazón se aceleraba un poco más, y un cosquilleo en la panza me gritaba que corra.

Cuando por fin llegué a la escalera, la cual se había ocultado en la oscuridad, un ruido detrás de mí logró hacerme bajar a la mayor velocidad que mis piernas pudieran alcanzarme encontraba sola en un nuevo cuarto oscuro el cual parecía no tener fin, ni aire, ni ningún movimiento posible; y mucho menos, un rayo de luz.

Sentí una brisa, una leve respiración a pocos metros de distancia. Mi piel se erizó y mi cuerpo quedó paralizado, intentando ver en la oscuridad, sin logro alguno. Intente callar mis pensamientos y llegar a mi objetivo. Con el corazón gritando y la piel sudada, pude saciar la sed que mi garganta padecía.

En ese momento, una luz iluminó el cuarto, sentí algo de tranquilidad al ver que nada había cerca de mí. Hasta que de golpe, la oscuridad volvió, con una sed que no me dejaba respirar, y una nueva brisa rozó mi cuello.

Destino Bologna, llegada Nápoli

Joaquina Moncalvillo

Conozco algo de mundo, diría que existen miles de anécdotas en cada viaje que me cambiaron de un modo muy profundo. Tuve la suerte de irme de intercambio a Italia por un año. Allí fui a la escuela, una familia italiana me hospedó, y formé una nueva vida; conocí gente de todo el mundo, de los lugares más remotos que me mostraron un poco de su historia.

Una vez, en una excursión que teníamos que hacer, nos perdimos. Hacía solo dos meses que estábamos en Italia, y mi italiano era pobre, pero era. Teníamos que ir en tren desde Roma hasta Bologna, siendo un grupo muy mixto: una coreana del sur, una finlandesa, una neozelandesa, un español y un brasileño. En todo ese grupo yo era la única que sabía hablar para comunicar, aunque sea algo.

Los italianos no saben inglés, entienden mejor el español y los gestos, los gestos. Resulta que los gestos no tienen el mismo significado y el muy sabio señor de la estación no supo explicarnos, y terminamos en Napoli. Es decir, del otro lado de Italia. De repente, estábamos en un lugar donde hablaban napolitano, un dialecto italiano que nadie entiende, solo ellos. Sumado a que era uno de los lugares más peligrosos del país, según nos habían dicho nuestras familias apenas llegaron a Italia, nos quedamos en Napoli, el reino de la pizza, toda la noche durmiendo en la estación, resulta que no podían sacarnos otro boleto a esa hora, y teníamos que esperar hasta el día siguiente cuando abrían los bancos y podríamos pagarlo nosotros mismos. Fue todo muy hilarante, comimos pizza y casi ni dormimos. La gente no sé qué habrá pensado, porque a pesar de ser una ciudad turística, no lo es tanto como otras ciudades italianas.

El final fue bueno, pudimos llegar a destino al otro día. Recuerdo que decía “nunca me voy a perder en mi intercambio”. Ojala fuera tan fácil.

Gritos ahogados

Lucía Noguera

Desde que tengo memoria, los insectos me provocan pánico. Odio a cualquier tipo o variedad de éstos. No puedo asegurar cuándo comenzó esta fobia. Pero hasta el día de hoy, recuerdo un horrible encuentro con ellos.

Tenía seis años, me encontraba jugando en la casa del árbol que se hallaba en el patio de mi hogar. Estaba demasiado concentrada en mis juegos, de espaldas a la salida. Esta no era una puerta, era una simple sábana vieja. Al darme vuelta, me encuentro con una horrible hilera de diferentes especies de bichos.

La precaria construcción de madera se encontraba a medio metro del suelo. Y por mi pequeña contextura física, se me dificultaba saltar. Entonces tuve la idea de gritar con todas mis fuerzas. Eran gritos ahogados. Nadie me escuchaba y eso provocaba mayor desesperación en mí

Finalmente, mi mamá me encontró y me rescató de esa situación

Las imágenes de esa vez son difusas en mi cabeza por lo cual la mayoría de las veces pongo en duda si fue real o una pesadilla.

9 de septiembre de 1959

Joel Noriega

A través de este escrito, quiero expresar el desasosiego que increpa mi alma. Mas el dolor que permanece en lo profundo de mi pecho doblega mi conciencia. El señor Hiddens advirtió de mis acciones en este extenso territorio mundano. Un territorio de burdas reglas, de estúpidos muros que diferencia innecesariamente a cada ser humano.

Poseer alma rebelde, por así decirlo, es vil ilusión. Porque si no hubiera tantas normativas que especulen individualismo en el ego, no haría falta la existencia de tal termino.

Todos somos iguales, todos tenemos una misma presencia en este mundo y todos nos dirigimos a un mismo destino. Percibo que muchos endurecen ese órgano que da palpitos en su interior y da bombeos de sangre. Sangre que se encripta, sangre que se enfría.

Hoy, elijo seguir mi destino, hoy elijo crear mis reglas, hoy elijo crear una nueva realidad. Porque si no lo hago, quien más lo haría ¿Quién más lo haría? Porque si no cambio al mundo, el me cambiara a mí.

Lo siento Alice, mi querida y dulce Alice. Te amo, pero debo seguir un camino que difiere del tuyo. Mas quien sabe que nuestros universos se unan nuevamente. Pues decido escribir el libro de la vida a mi puño y letra.

De la diferencia al amor

Nadin Oslé

Ya pasaron cinco años desde aquel día en que mi familia festejó su famosa fiesta en nuestro jardín, y también del día en que murió ese pobre hombre que fue tan ajeno y cercano a la vez; el día en que conocí lo que es una familia de clase obrera.

Siempre tuve esa empatía con esas personas, apreciaba sus carismáticos gestos y obviamente, me atraía la alegría que compartían entre ellos (y esto nunca sucedía en mi entorno familiar), pero jamás creí que podía llegar a tener un novio del mismo ambiente. Al principio fueron muy notorias las diferencias que teníamos, pero al pasar el tiempo me enamore perdidamente de él. Emanuel lograba ver lo positivo en toda situación, se destacaba por su buen ánimo y entusiasmo y me mostraba un mundo diferente al que yo conocía. Su familia me hizo sentir cómoda y parte de ellos, aunque a veces, en mi pensamiento los caracterizaba como “humildes e ignorantes”.

Mi familia me excluyó mucho por tener una relación con un joven que “podría ser nuestro empleado”. Esto era un peso para mí, pero a su vez iba definiéndome como lo opuesto a mi familia. No toleraba el desprecio hacia el hombre que más amaba.

Del que más me sorprendió esta actitud negativa, fue de mi padre, ya que él era el único que por momentos mostraba sensibilidad para con los otros, pero al fin y al cabo, se sacó la careta.

Años más tarde, me casé con Emanuel, y nos fuimos a vivir juntos. Con mi familia nos veíamos poco y nada, y teníamos muy pocas cosas en común. A pesar de ello soy feliz, porque al fin soy quien realmente quiero, y porque descubrí que Emanuel era uno de los hijos del hombre que falleció el día de la fiesta, aquel que inició mi futuro.

Mis logros

Valentina Palazzolo Donati

Me desperté de nuevo a las cuatro de la mañana, mire hacia el costado y no la vi. Estuve desesperado por un rato, desquiciado. Caminaba de aquí para allá, cambiando el ritmo cada medio segundo.

No sabía si regresar al hospital sería lo mejor, no me dejaban dormir allí. Las enfermeras me miraban con ternura cada vez que me encontraban afuera, esperando mi turno para verla. Y no verla a los ojos cómo cualquier padre querría, sino detrás del cristal. Me preparé un café con mucha azúcar, como le gustaba a ella. Me había propuesto recordarla en cada detalle. Leí todos los libros que le gustaba y escuché todos sus discos.

Realmente quería que nuestra hija María tuviera un papá que representara todos los gustos y particularidades de la mujer más importante de nuestras vidas. Le prometí a Carolina vivir aventuras y adjuntarlas en una agenda para que todos nuestros recuerdos queden en la memoria de generaciones siguientes. Ella solo quería que no quedemos en el olvido.

Esa noche no pude dormir, me desesperaba que amanezca, con el primer rayo de sol me alcanzaba para arrancar el auto e ir a la clínica a verla despertar. Mientras conducía, escuchaba sus discos y cantaba las canciones con los ojos aguados.

Y allí me encontraba de nuevo, en un rincón de la carretera, llorando, cansado y loco por volverla a ver. Quería tenerla en mis brazos y decirle que me hizo el hombre más feliz del mundo y que solo era yo mismo cuando estaba con ella.

Ese día se repitió mil veces, de repente todo era igual, todos los días. Solo cambiaba ese momento, ese instante en el que María me miraba al despertar. Hoy la veo y no lo creo, es inmensa. La admiro, estoy tan orgulloso. Es igual a Carolina. Tengo miedo de no alcanzar, de que no sea suficiente cariño y cuidado. Espero que este orgulloso

Mi fiesta de cumpleaños

Paula Pallavicini

Hoy es mi cumpleaños y no podría estar más feliz. Es un día hermoso: un sol radiante nos anticipa el verano, el jardín de mi casa se ha teñido de un verde majestuoso, y los niños y las rosas han emergido en su máximo esplendor. Parece que la naturaleza me trajo el regalo más mágico.

Mi madre dice que cuando una mujer llega a esta edad comienza la época más hermosa de su vida, que realmente comienza a vivirla. Esa idea me entusiasma mucho, la verdad, tener la expectativa de lo que vendrá me emociona, sé que voy a sorprenderme de mí con mis logros. Por otro lado, mi padre no tiene una visión tan esperanzadora. Él dice que de ahora en adelante, no voy a depender de ellos, sino que estaré dispuesta a servir y respetar a mi supuesto marido; que ya no viviré en mi casa con mis hermanas, sino que formaré mi propia familia, siempre haciendo hincapié en que deben entregarme a otro hombre porque ya tengo la edad adecuada. Esta idea me desalienta mucho, no quiero sentirme realizada como mujer por casarme y tener hijos, espero que lo que me dice mi mamá no tenga que ver con esto.

Llega la tarde y mis familiares e invitados comienzan a llegar a casa para festejar. Todos se ven muy contentos y, más de uno, se ha tomado el atrevimiento de decirme: "dieciocho se cumplen sólo una vez". Entre todas las personas que están en el salón principal, distingo a un muchacho que nunca he visto en mi vida. Es muy hermoso, sus ojos color azul me encandilan y su sonrisa me maravilla. Cuando se da cuenta de que lo estoy viendo se acerca a mí y, mientras avanza en mi dirección, noto que es mucho más grande que yo. En el momento en que lo tengo frente a mí, me invita a bailar en el salón, a la vista de todos. No puedo negarme, no quiero ser descortés.

En la mitad del baile, comienzo a aburrirme ya que este hombre no me dirige la palabra y, cuando me asomo por encima de él, veo a mis padres que me miran con una gran sonrisa en sus rostros. Ahí entiendo.

Ese muchacho está ahí en modo de pretendiente, mi familia lo ha llamado y con gusto él ha asistido. Es el hijo mayor de un matrimonio adinerado amigo de mis padres. Está aquí para desposarme.

¿Realmente quiero pasar el resto de mi vida con él?, ¿con este hombre que no abre la boca y que me aburre? Es lindo, sí, pero no lo conozco aún y ya me quieren entregar a él. ¿Entregar? ¡Qué horrible palabra!

Espero a que el muchacho se vaya y, cuando llega el momento, corro entre la gente, entre mis invitados, y salgo de mi casa. Ahora no sé a dónde ir, pero sé que a mi casa no voy a volver y esto me emociona más que cumplir años.

Su madre, con la intención de convencerla, le expresa las desventajas de adoptar. “Son hijos de delincuentes”, “tienen una madre prostituta”, “su padre es un borracho”, “todos los que abandonan a sus hijos o hijas son marginales”, “son de malvivir”. No conforme con ello va por más: “cuando crezca va a ser delincuente”, “nos puede robar todo”, “nos puede matar”.

La joven Laura la escucha atentamente y la deja que se explaye todo lo que quiere, después no dicen nada más ninguna de las dos. Su madre se queda conforme, cree que al menos la deja confundida. Se equivoca, porque ya hace veinte días atrás, Laura, acompañada de su padre, fue a ver a su abogado, perteneciente a uno de los estudios jurídicos más importantes de Londres, y ya firmó los papeles para adoptar a un niño.

Balas chinas

Juan José Paredes Orejuela

Estaba agazapado contra una pared de metal, aun empuñaba con fuerza la culata de la pistola, tenía tres balas en la recámara. Sudaba frío, a pesar de que era una tarde de verano, Matías miraba fijamente el arma y meditaba lo que había ocurrido, había matado al puto chino.

Se tiró de rodillas y comenzó a maldecir, la rabia y la desesperación lo abordaron de forma abrupta. Pateo un neumático mientras lloraba. Tiro la gorra al piso, y con las manos apretó las sienas. Aquello que se supone iba a ser un trabajo fácil se había jodido ya. Estaba desesperado, en su mente se cruzaban todos los posibles escenarios donde podría terminar, pero en la prisión, la casa de sus padres en provincia, la pensión donde vivió con su ex hace años. Estaba llorando en el piso, el revolver estaba ahora frente a él, lo tomo y se lo guardo en el pantalón, Matías ya podía oír las sirenas

sonando en el fondo. Tenía que huir rápido. Salió detrás de la casa desvencijada en la que estaba refugiado y corrió calle abajo dejando temporalmente todo atrás

La noche era igual de cálida como la tarde de aquel día, prendió un pucho mientras el ruido de la autopista llenaba paulatinamente su pequeña habitación, estaba recordando lo que había pasado. Vio de vuelta a Tomas, estaba sacando el dinero de la caja mientras se reían de la cara del chino, todo parecía ir bien por primera vez. Ninguno de los dos vio el chino que estaba la bodega, ni de como disparo a Tomas a quemarropa. Lo último que vio fue a Tomas sobre el suelo, en un charco de sangre que se mezclaba con los billetes, y al otro chino del mostrador con dos agujeros en la cara. Apago el pucho y se puso la chaqueta, tenía que olvidar.

Camino por las calles desiertas de la villa, cruzó las plazas sin rumbo, prendió otro cigarro y se dejó llorar de nuevo. Se sentía patético, impotente, lleno de ira. Tomo el revólver que tenía en el pantalón, apunto al aire y gritó mientras vaciaba el cargador y siguió gritando cuando las balas cesaron y el chasquido del arma seguía sonando, quitó su dedo del gatillo y se hundió.

Las palabras de Laura

Enzo Schillaci

Años más tarde, Laura crece, pero nunca pudo sacar de su mente esa imagen, el señor Scott tirado en su cama “dormido, profundamente. Tan dormido que estaba lejos, lejos de las dos”. Desde ese día cambió su percepción del mundo, de las cosas, de la vida... aún se recuerda sollozando entre los brazos de su hermano Lorenzo tratando de describir lo que sentía, lo que había vivido, “ la vida es... la vida es...” murmuraba si encontrar las palabras justas.

Hoy, con 27 años, Laura busca, pero todavía no las encuentra. Quizás, simplemente no las hay.... Ella está casada con un hombre muy guapo, tiene dos hijos siguió todos los consejos de su madre y de su padre. Pero no, no las encuentra. Piensa y todavía se acuerda de lo maravilloso que se veía el estado en el que se hallaba el señor Scott aquel día y que se hallaría por siempre ¿Habría encontrado el señor Scott las palabras?

Absorto en su sueño, tan remoto, tan lleno de paz, lejos de las absurdas preocupaciones que aquí abundan, simplemente era asombroso, bellissimo, había sucedido un milagro así, todo estaba bien, todo lo estaría, quizá, solo quizá las palabras se hallarían en donde el señor Scott se encuentre tal vez ese era el camino para hallarlas y estos fueron los últimos pensamientos de Laura, a quien esa misma noche, su esposo encontraría ensangrentada en su bañera.

Cambiar el destino

María Clara Tello

Era el cumpleaños número dieciocho de Laura y aunque era una persona muy inteligente, con sus propios ideales políticos y muy independiente, seguía dentro de su maravilloso mundo de “clase alta”, obedeciendo a sus padres y haciendo caso omiso a lo que ella verdaderamente sentía y anhelaba cumplir.

Ese cumpleaños fue muy diferente a los anteriores que había tenido, lejos de querer festejarlo y seguir manteniendo una máscara de hija ideal y contenta, ese mismo día decidió enfrentar sus miedos y de ese modo contarle a sus padres lo que tenía pensado hacer desde ese momento en adelante.

Lo que Laura les confesó fue su deseo de poder estudiar y que con sus conocimientos y ganas, pudiera ayudar a las personas más carenciadas de su sociedad y de esa forma, generar un cambio dentro de lo que fuera capaz de hacer. Esto, descolocó a sus padres, que lo único que tenían pensado para Laura, era que continúe siendo una mujer de clase alta, acompañando a su familia a todos los eventos que asistían.

Al principio, sus padres, como era esperado, se negaron a que tome esa decisión, y Laura llena de indignación y enojo, tuvo que aceptar su respuesta ya que ellos eran los únicos capaces de mantenerla económicamente. Sin embargo, eso no detuvo sus ganas de cumplir su sueño. Y, de esa forma, el primer paso que tomó fue unirse a un grupo de personas que, semana tras semana, asistían a lugares muy pobres y les brindaban educación, compañía y alimentos. Para conseguirlos, organizaban eventos para obtener dinero, y además, alentaban a muchísima gente para que sume a su grupo.

La familia de Laura, por un lado estaba en desacuerdo con la participación de su hija, pero a la vez, colaboran para quedar bien como familia adinerada que eran. Laura se reía y poco le importaba lo que sus padres piensen, en el fondo de su corazón los apreciaba pero no compartía las decisiones ni pensamientos que ellos tenían. Lo que más le dolía, era estar bastante alejada de su hermana, pero no perdía la fe de que algún día lo iba a lograr. Ella seguía escuchando, enfrentando las adversidades que la vida le presentaba, nunca iba a bajar los brazos, por ella y por la gente

El cocodrilo

Camila Torrilla Robles

Tenía el dedo gordo del pie congelado. El tajo de la manta dejaba entrare el frio y me corría por todo el cuerpo. La panza no me daba tregua, como si mi estómago se comiera a sí mismo. Hacía mucho que no me sentía así. El dolor hacía meses que no aparecía.

Recuerdo la última mañana que me dolía la panza, estaba vendiendo esos chicles que no se gastan, en Corrientes. Ese mañana lo conocí, llevaba uno de esos pulóveres chetos con un cocodrilo en el pecho, tenía muchos de esos. Me causaba mucha gracia, aunque ese día no me gustó. Me miró mucho y sin reparo, se me acercó. Admito que me dio miedo.

—Hola, ¿tendrás uno de frutilla con manzana?—No, no tenía.

—Espere que ya le busco señor.

Me concentré en sus zapatos mientras revolvía torpemente la caja. Estaba tan limpio. Tenía uno de esos cafés que ponen tu nombre en un vaso, unos zapatos lustrados y un bolso negro cruzado. No tenía los chicles, él también lo sabía pero nunca ninguno de los dos lo dijo.

—¿Querés que te ayude?— lo miré, tenía una mirada hermosa, muy dulce. No recuerdo que alguien me haya mirado así antes o después. Le sonreí, trate de que no se diera cuenta que me faltaba una muela, me miró los zapatos, sucios. Él sonrió, no le importaba.

Los días siguieron, el frío se apagaba todas las mañanas con un café con mi nombre y tres medialunas. El venía con un café para él, uno para mí. Con sus pulóveres de distintos colores y con el cocodrilo bordado. De a poco su sonrisa era lo que me ayudaba a levantarme a la mañana y saber que lo iba a ver hacia que por primera vez en años sonriera un día completo.

Me empezó a invitar a su casa a la hora de la cena. Era casi tan cálido como su sonrisa, y cocinaba mejor que en el hogar. Me abrazaba, me daba beso, algunos en el cachete, otros en la frente, otros en la boca. Me acariciaba mucho, y quitaba el frío con las manos. Yo dormía en el sillón, aunque a veces me invitaba a la cama y se dormía abrazándome. A la mañana salíamos por la parte de atrás del edificio “nadie va a entendernos si nos ven” me susurraba y calmaba todo con un beso en la frente.

Los días que no lo veía me dormía llorando. No me gustaba. Un día lo vi y corrí a saludarlo, me frene en seco al verlo tomado de la mano con una mujer. Tendría su edad, para mí un poco vieja, él me miro, me sonrió. A escondidas de la vieja me dedicó una pequeña sonrisa. Sentí que me apagaba de a poco, el frío volvió, el dolor en la panza y la tristeza también. Me habían roto en pedazos

Fue mi primer amor, de esos que hablan la novela, nunca antes y nunca después sentí calor.

Sin escape

Jennifer Vega

¿Quién hubiera imaginado que Edmund, el hombre que nunca había dañado a nadie, se encontraría en tal horrible situación? Encerrado durante tantos años en esa fría celda, con la única compañía de un anciano.

Su compañero el abate Faria, le había confiado un secreto, le confesó que poseía un mapa que llevaba hacia un tesoro que sería suyo si podía cavar una salida de aquella celda. Así fue como Edmundo comenzó a construir una salida para él y para el abate, a quien consideraba un padre. Pero desafortunadamente Faria no pudo resistir más y las décadas de vivir en tal miserable condición acabaron con su vida.

Edmund totalmente devastado por la pérdida de su amigo comenzó a gatear rápido por el túnel cavado por sí mismo, pero tal fue su imprudencia que olvido colocar el trozo de madera que impedía a los guardias ver su modo de escape.

En minutos se encontraba afuera, sonrió al sentir el césped sobre sus descalzos pies, el viento recorrer su enmarañado cabellos, al sol besar su piel luego de tantos años. La felicidad lo inundo por completo hasta que lo escuchó, el sonido de un par de guardias que se acercaban a él, cuando advirtió la situación ya era demasiado tarde, los soldados lo tenían aprisionado otra vez.